

Berlín, la Ciudad Dividida

César Jerez, S. J.

Aprovechando mis vacaciones de verano y como descanso al intenso trabajo que suponen los estudios teológicos en la Universidad de Frankfurt am Mein (Alemania Occidental) visité no hace mucho Berlín y me adentré en la parte roja del mismo hasta en cinco ocasiones distintas, acompañado de otro joven jesuita que estudia conmigo en dicha Universidad. He aquí mis impresiones.

Berlín Occidental.

Hoy es una ciudad moderna. Puede decirse que totalmente reconstruída. De vez en cuando, por alguna ruina o por los espacios vacíos en que antes hubo construcciones, se adivina el paso de la guerra. La amplitud de antes de la guerra se ha conservado, quizá mejor aumentado: avenidas muy amplias, parques, bosques, paseos, lagos los hay en abundancia. Barriadas modernas, con grandes edificios multifamiliares, en los que no faltan las tiendas de salchichas y flores (Wurst und Blumen), elementos de primera necesidad para los alemanes, han sustituido a las ruinas de las bombas. Por la noche tiene todo ese mundo de luces y colores de las grandes ciudades americanas. Algunas obras de valor histórico, por ejemplo el Castillo de Charlottenburg, antigua residencia de los reyes de Prusia, han sido reconstruídas siguiendo paso a paso los antiguos planos; hoy resulta difícil determinar lo antiguo de lo nuevo.

Al observador que recorre aquellas calles y ve los comercios, oficinas, el ir y venir de la gente le queda la impresión de que en Berlín se vive bien, de que hay abundancia; pero no hay que olvidar que al lado de esta abundancia, separados por un muro hay hombres que viven otro estilo de vida.

Berlín Oriental.

Hasta aquí se siente uno como mero espectador. Pero en el momento de pasar el muro, o los muros (porque en los sitios de paso hay más de un muro), hay emoción y le entra a uno cierta conciencia de protagonista. Cinco veces visité con otro compañero jesuita el sector soviético. En la primera de nuestras visitas tuvimos dificultades porque mi compañero llevaba un libro religioso. El tal libro no estaba en el "Índice de Libros Permitidos" y después de perder unas horas y dejar el libro en el sec-

tor libre pudimos pasar. Con los libros y otros impresos, medicinas y dinero hay que tener especial cuidado porque son objetos prohibidos. Ordinariamente con los extranjeros no hay problema, una rápida investigación y preguntas y se pasa. Pero un día llevaba yo dinero del sector soviético desde el sector libre (cuatro D.M., un dólar!); uno puede comprar y cambiar todo lo que quiera en el sector soviético, pero nunca llevarse dinero, hay que volver a cambiarlo; no permiten de ninguna manera que salga moneda de su sector. Aquellos cuatro D. M. fueron la causa de largos interrogatorios y registros; unas dos horas y media tuve que estar respondiendo y siendo investigado por aquel delito. Uno de los policías pedía disculpa, otro en cambio se sentía muy poseído de su papel.

Quiero contar lo que vi del otro lado del muro. Naturalmente hay abundancia de datos y hay que sacrificarlos en una breve relación. Principalmente me impresionó el trato con la gente y esta será la principal fuente de información.

La primera impresión que conservo del sector soviético es el de una jaula vacía. La amplitud del sector libre se prolonga en el sector soviético. La falta de gente y de autos dan una impresión de soledad. Si se ve gente y también autos, pero no se puede intentar una comparación con la otra zona. Una de las familias que visitamos decía como lo más natural que el muro tenía que venir. De lo contrario este sector de la ciudad se hubiera despoblado; dan el cálculo de doscientas mil personas escapadas en los últimos tres meses que estuvieron sin muro. La versión que da el gobierno rojo es que el muro tenía que venir, para defender a los ciudadanos socialistas del contagio de los males del capitalismo.

Si se puede vivir, hay cantidad de los alimentos de primera necesidad: papas, mantequilla y carne, pero ni siquiera estos alimentos básicos pueden comprarlos donde quieran; todos deben comprar en el sitio en que se les ha indicado. Quizá pueda decirse que la proporción de precios entre las dos zonas es de uno a seis; hay productos en los que esta proporción es mayor y otros en los que es menor. Algunos ejemplos pueden ilustrar al lector: un par de medias nylon de señora en el sector libre se pueden adquirir en cualquier máquina automática por un D.M., en el sector soviético cuesta de doce a dieciséis D.M. Lo que se considera

artículo de lujo se va por las nubes. Los aparatos eléctricos: radios, televisores... pueden conseguirse, pero la compra lleva consigo un papeleo largo. Un señor decía que era posible adquirir un auto por el doble de precio que en el sector libre, pero con un papeleo de tres o cuatro años. Estas dificultades de papeleo desaparecen cuando se trata de miembros del "Partido".

Una muchacha que estudia secundaria me dió los siguientes datos: en los colegios deben dedicar un día entero cada semana al trabajo manual en alguna fábrica, a pesar de que la ley dice que los menores de edad no pueden ejecutar un trabajo de esta naturaleza; casi todos los maestros y maestras son miembros del "Partido" y saben aprovechar los momentos oportunos para hacer propaganda. Daba el dato interesante de que una de sus profesoras, la de matemáticas, no era del "Partido" y que era la profesora con más simpatías entre los alumnos. Es difícil establecer proporciones, si no están basadas en encuestas bien hechas; esta muchacha creía que un cinco por ciento de los muchachos pertenecían al "Partido", nada más.

Pude ver y leer un periódico, "El Tambor" (Die Trommel) para los muchachos. Todos deben comprarlo y leerlo. En clase les harán preguntas para darse cuenta de si lo han leído o no. Es otra arma de propaganda: artículos sobre la paz, el trabajo —los temas típicos— noticias de los triunfos sobre los países capitalistas en la industria, en las ciencias, en el deporte. La información sobre Cuba era frecuente. Esta misma muchacha me dejó los libros de texto del colegio. Recuerdo el libro de Historia, con títulos como estos: "Lo que piensan los ciudadanos de la República Democrática Alemana sobre el Papado"; el Papa un señor capitalista, al frente de un ejército de monjes y sacerdotes tontos y dogmatistas; "La Iglesia quema a Jordano Bruno", "La Iglesia condena la ciencia de Galileo"; todavía más propaganda.

Al preguntar a la muchacha si podían protestar o discutir estas afirmaciones, decía que nunca había visto u oído algo semejante, todos callaban y aceptaban estas afirmaciones en clase. En grupos reducidos de amigos sí se comentaban estas cosas diciendo que era propaganda, que no podían ser ciertas ya que ellos oían a sus padres las afirmaciones contrarias.

La conversación sobre estos temas se hacía en voz baja y alguna vez cerradas las puertas y ventanas. Con pocas personas se puede hablar con sinceridad, porque predomina un clima de miedo y desconfianza. Después de la construcción del muro empleados del gobierno colocaron las antenas de la televisión de forma que sólo pudieran captar las emisiones del sector soviético, aunque hoy toleran que muchas estén colocadas de forma que puedan captar también las del sector libre.

En la gente que va por la calle se advierte austeridad en el vestir, no se advierte lujo y elegancia. No es frecuente encontrar especiales adornos en las muchachas y señoras. Los anuncios de las tiendas y almacenes son pobres; en los almacenes más grandes existe una presentación mejor, pero por lo general los productos están sencillamente en las vitrinas. Las luces y colores de los anuncios de neón apenas existen.

Propaganda.

Está claro que aprovechan toda oportunidad en las escuelas y colegios para hacer propaganda. Además es notable la cantidad de letreros; en los días de mi estancia en Berlín se celebraban dos fechas importantes: el primer centenario de la Primera Internacional Comunista y el quince aniversario de la República Democrática Alemana; por las calles, en los edificios públicos había abundancia de letreros en rojo y blanco que recordaban los dos acontecimientos. Para celebrar estas fechas importantes en el Museo de Historia de Alemania había una exposición de la historia del comunismo en el mundo; toda ella con una presentación artística que se metía por los ojos; abundaban los recuerdos de Marx y Engels: fotografías, libros, cartas; también había mucho de Lenin, en cambio sobre Stalin un silencio absoluto. En la zona soviética están prohibidos los movimientos juveniles internacionales, tipo scouts, pero existe para los muchachos la "Asociación de Exploradores" (Pionierorganisation). Un grupo de estos visitaba al mismo tiempo que yo la exposición; daba pena ver al grupo de niños de nueve o diez años que iba viendo la exposición y oyendo la narración que les hacía una joven, la jefe del grupo, sobre los beneficios que había traído el marxismo a la humanidad y sobre la vida de los "grandes compañeros", fundadores del movimiento.

La Iglesia en Berlín.

Este subtítulo no es exacto. Una visión de lo que es la iglesia en Berlín exigiría más espacio. Son nada más unos cuantos datos. Un 75% de la ciudad es protestante y un 11% católica. Berlín es una ciudad protestante. Símbolo de esta realidad es la catedral protestante en el centro del Berlín oficial; símbolo de esto mismo es la iglesia dedicada a la memoria de los caídos en las guerras, que está en el centro del sector libre. Hace un siglo había en Berlín dos parroquias católicas. Hoy son cerca de cincuenta en el sector libre y veinticinco en el sector soviético. A pesar de ser tan desigual la proporción de protestantes y católicos tienen igual número de iglesias. Señal de este vigor católico es la catedral católica metida dentro del conjunto del Berlín oficial y hoy totalmente recon-